



Populismo en Venezuela

## Nuestro reto: empoderar

Francisco José Contreras\*

EL CARABOBENO

La peor amenaza para el futuro se encuentra en el populismo, en ese afán de creer que puede haber prosperidad repartiendo sin producir, que termina en la ruina económica, social y moral de un país por muchos recursos naturales que posea

La mundialización comunicacional, a través de las redes, ha permitido: la saturación de información de toda naturaleza, el uso intensivo, extenso e intencional de falacias, mentiras y provocaciones. Es un contexto de banalización de la verdad que privilegia a la fuerza sobre la sensatez, y todo lo que refuerza la fuerza, propaga y perpetúa el populismo autoritario. La lucha por la democracia necesita una revisión de las acciones estratégicas de las fuerzas democráticas para contrarrestar el peso del poder de la fuerza sobre la sensatez.

Los conflictos en el mundo guardan más relación con la crisis de la democracia liberal y con la descomposición social que con una lucha entre potencias, de un enfrentamiento ideológico, de religiones, o de otras causas corrientes. Es un error plantearse el tema en términos del advenimiento o consolidación de modelos con funda-

mentos ideológicos, pues lo que observamos es una crisis de democracia que va desde la pérdida de confianza en las élites, en países con fortaleza institucional, hasta la descomposición social en países con debilidad institucional.

El buen funcionamiento de la democracia se fundamenta en la confianza, la cual necesita de información veraz, fiable y transparente. El ejercicio de la democracia tiene que estar exento de la contaminación de las creencias erróneas y de la insuficiencia de información pertinente. El populismo autoritario utiliza como mecanismo anti frágil la manipulación mediática, y su éxito lo logra cuando las masas asumen que la verdad puede ser creada a imagen y semejanza de lo que le venga en gana al autoritario. Toda dictadura aplica, como recurso para la quiebra emocional de la gente, la banalización de los límites entre la verdad y la mentira, de esta forma hace frente al arma más poderosa de un demócrata: la palabra fundada en la consistencia y la evidencia, es decir a la razón.

La crisis de la democracia liberal es por la ruptura de la armonía y pérdida de confianza entre las élites políticas y económicas, y el pueblo, en relación con los temas siguientes:

- La fragilidad entre la economía real y la financiera por las asimetrías de las políticas públicas. Las recientes crisis financieras han dado lugar a medidas de política económica de austeridad donde el peso de la carga recae más sobre la gente que sobre los agentes financieros.
- El dilema histórico entre la igualdad, la justicia y la libertad. Aunque las condiciones generales de la gente mejoran, la desigualdad de ingresos aumenta, es la cuestión sobre cómo formular medidas de distribución de ingresos y, al mismo tiempo, mantener la eficiencia que se deriva de la economía libre de mercado.
- El conflicto entre la identidad nacional, la supranacional, y la libertad, en relación con el espacio de paz para Europa. Después de la Segunda Guerra Mundial la apuesta de Europa ha sido por un espacio seguro, esa condición se ha venido deteriorando por los problemas de los costos sociales de la inmigración y de los refugiados procedentes de África, y del conflicto en Siria e Irak y el efecto colateral del terrorismo.

La ausencia de fortalecimiento de la democracia es la que alimenta todo tipo de conflictos por la opacidad institucional que crea, y por el secuestro de todos los poderes públicos.

#### LA IMPORTANCIA PARA PAÍSES FRÁGILES

El debate es de real importancia para América Latina donde el populismo de izquierda ha supuesto un retroceso importante en libertades de todo orden, en la prosperidad económica, en la estabilidad institucional y en el progreso so-

cial. El caso extremo lo constituye Venezuela, que muestra en la mayoría de los indicadores sociales, institucionales y económicos estar en los últimos lugares del continente y entre las peores economías del mundo. Es inaplazable repensar y reconstruir el proyecto de democracia para asegurar el impedimento constitucional de cualquier posibilidad de secuestro de la independencia, autonomía y legitimidad de los poderes públicos, y la optimización de las regulaciones haciéndolas sujetas a la evaluación de impacto regulatorio que impida la existencia de incentivos perversos.

Las condiciones planteadas nos dejan otro desafío importante como reconciliar a las élites y al pueblo; la democracia, de alguna manera, debe permitir los mecanismos auto reguladores que armonicen esos intereses. Esta es la verdadera solución ante las amenazas totalitarias populistas sean de izquierda o de derecha. Debe entenderse no desde la óptica de quienes utilizan la ideología marxista –de forma simple y manipuladora–, como una contradicción del capitalismo entre la burguesía y el pueblo, sino como el distanciamiento entre quienes detentan el poder y los intereses de la gente, en gobiernos socialdemócratas, liberales y socialistas no radicales.

Las élites olvidan que la falta de atención hacia los temas institucionales, la ignorancia y la ausencia de información conduce a los pueblos a tomar decisiones en contra de su propio bienestar. Los males públicos, como todos los eventos en los cuales la persona o la sociedad no identifican su origen directo, dan lugar a reacciones cargadas de emotividad, donde la comodidad hace descargar en lo más próximo y en lo que no es capaz de responder, toda la furia y el malestar social. Es la ausencia de ese vínculo de causa directa, la que permite a los populistas sacar ventaja electoral, apropiarse del poder y crear las transformaciones institucionales, no para resolver los problemas, sino para perpetuarse en el poder. La ignorancia favorece al populista hasta en el poder, porque siempre tendrá a mano los recursos para desviar la atención de las causas de los males públicos hacia los demás.

La débil democracia venezolana se encuentra al borde de la desaparición definitiva, no porque se conformó una ideología comunista, socialista radical, que copa todos los espacios del poder; es así porque el populismo forma parte de su existencia y es la única manera a través de la cual ese comunismo y ese socialismo radical pueden asegurarse su perpetuidad en el poder. No son los argumentos ideológicos sólidamente constituidos, sino el recurso altamente efectivo del “populismo” la mejor herramienta que los comunistas y socialistas radicales han tenido para perpetuarse en el poder.

La única cura que existe –y no es perfecta– radica en la tarea perseverante de los partidos políticos en promover la educación de su pueblo en cada instante, de manera permanente, sobre todo cuando ejercen transitoriamente el poder en una nación. Sea la ideología que sea, la peor amenaza para el futuro se encuentra en el populismo, en ese afán de creer que puede haber prosperidad repartiendo sin producir. Cuando se reparte sin producir sobreviene la ley de la selva, esa suerte de tragedia de los comunes de *aprovecha ahora que mañana ya es tarde*, que termina en la ruina económica, social y moral de un país por muchos recursos naturales que posea.

Llama profundamente la atención que cada vez que se presentan las imágenes de Siria, del terremoto en Ecuador, de las muertes en una discoteca de Florida, de la masacre de Bataclán, etcétera, nuestros medios y analistas saltan de sus asientos. Olvidan nuestro propio calvario que quizás sea peor que los acontecimientos de otros lugares. En consecuencia, no debe llamarnos la atención cuando en la Organización de los Estados Americanos (OEA), la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur), en fin, en los foros internacionales, no se consideran nuestras quejas como algo importante para el mundo.

En los medios intelectuales es un buen recurso calificar a los gobiernos populistas como socialistas y comunistas, pues en la clase media hay un rechazo generalizado contra todo lo que tenga esas características. Pero, lo es también para quienes usurpan el poder en el mundo, a quienes la ideología permite ocultar las características ilegítimas de su ejercicio autoritario del poder. Es mejor ser tomados como gobernantes con una ideología anacrónica socialista que como lo que realmente son: unos violadores del Estado de derecho, cuyo sistema de perpetuación en el poder se alimenta del desorden, tanto del país, como de las fuerzas democráticas. La fuerza del autoritarismo populista reside en la fragilidad institucional del país.

Detrás del llamado “Socialismo”, lo que existe es más bien una amalgama de grupos de interés asociados para la extracción de rentas y de valor creado por la sociedad. Los miembros de ese “club”, según les convenga, pueden autodenominarse emprendedores, confesos de alguna teología, obreros, trabajadores, socialistas, profesionales, santeros, campesinos..., con lo cual dan una justificación mayor a sus actos, de la simple apropiación de lo producido por otros. Llamarlos socialistas equivale a otorgarles una premiación, un reconocimiento que no tienen. Son populistas, gente sin ideología, con intereses comunes que comparten en los negocios relacionados con lo informal, en los mercados negros, apoyados en el ejercicio autoritario del poder político. Darles una connotación religiosa,

ideológica, política, es un merecimiento gratuito para estos exitosos emprendedores de los negocios emergentes del crimen organizado.

## LA PRIMACÍA DE LAS EMOCIONES SOBRE LA SENSATEZ

En esta nueva cultura política, los líderes políticos dirigen el debate hacia las emociones, con un uso extenso e intenso de retórica donde se obvia la consistencia de los argumentos y la necesidad de pruebas de refutación o de validación. Los hechos son ignorados deliberadamente. De modo que es posible tener cualquier cosa como verdad sin tener en cuenta los hechos que la pudieran validar; las “mentiras” pueden ser convertidas en “verdades” desde las emociones. Las herramientas comunicacionales de hoy en día son más eficaces para decidir batallas políticas que para el encuentro con la verdad, para el común de la gente la supremacía de las emociones sobre la razón le ha colocado a nivel de las élites, sin necesidad de la profundización del análisis académico de los problemas y mucho menos de búsqueda de hechos probatorios de lo que se afirma.

La demagogia encuentra un terreno fértil en sociedades con escasa cultura cívica y sensibles a la manipulación de sus miedos, prejuicios y esperanzas; de este modo, manipulando las creencias y los códigos morales de la gente provoca reacciones, en momentos cruciales, para ganar elecciones, para desarticular las estrategias de sus adversarios y para desplazar sus responsabilidades en la mala gestión pública hacia los demás actores políticos. El socialismo del siglo XXI ha podido, mediante el control de los poderes públicos, construir toda una infraestructura jurídica para asegurarse un mecanismo autorregulador que le refuerza en el poder, en independencia de la buena o mala gestión pública. Es su fortaleza que se recrea a sí misma y que debilita a sus adversarios políticos.

El populismo crea su anti fragilidad con un costo muy alto para el país, pues lo que le permite la perpetuidad en el poder, es el reverso de la otra cara de la moneda para las mayorías: la involución y la ruina de un país por muy bien dotado de recursos que esté. El populismo fragiliza al país porque privando aparentemente a la gente de presiones y peligros, al mismo tiempo que se fortalece y perpetúa en el poder, la empobrece y esclaviza. La adopción de una estrategia reactiva frente al populismo ha significado muchos retrocesos para la democracia venezolana; las fuerzas democráticas en Venezuela luego de los errores cometidos, ni se autoanalizaron, ni incorporaron –de manera positiva– los entuertos cometidos. En lugar de enriquecer su dispositivo estratégico, a partir del error, de buscar una explicación sobre las causas, mos-





POLITIKA UCAB

traron incomodidad y actitud defensiva, asumieron el rol clásico de víctima de una conspiración o de una fuerza mayor.

#### **POR UNA ESTRATEGIA FRENTE A LA POBREZA SIN POPULISMO, NI DEMAGOGIA**

En los círculos intelectuales aparece con relativa claridad que estamos frente a una crisis existencial de la “democracia liberal”, pues hay una separación entre las aspiraciones de los excluidos y las propuestas convencionales. Hasta ahora no existe algo diferente y mejor al populismo.

Evidentemente no hay promesa más seductora que ofrecer a quien vive en la penuria que las dádivas: te voy a regalar una casa, también la comida, la educación de tus hijos, tu salud. A la gente, si uno le pregunta: ¿Eso soluciona tu problema?, la respuesta en nuestras palabras es: “No, pero resuelve, hay una posibilidad, así sea remota, que el premio de esa lotería me toque”. Hay algo de verdad en la recordada declaración de la ministra Jacqueline Faría: “Así que vamos a disfrutar de esta cola sabrosa para el vivir viviendo (<https://goo.gl/6fLG4l>)”. Hay verdades amargas sobre el cómo los pobres son vistos como mercancía, como ignorantes incapaces de pensar.

Hace falta una estrategia frente a la pobreza sin populismo, ni demagogia. No poca gente comparte el mensaje reforzador del populismo; hace unos días en un foro, un comunicador social me recriminó: “Su discurso académico está bien para el público de esta sala de reuniones, pero vaya y échele el cuento a un *pela bola* en una cola. Le dirá ‘¿y cómo se come esa vaina?’”. Ciertamente tiene razón, no existe un relato atractivo que incline el pensamiento del exclui-

do hacia la lucha por su dignidad en términos de empoderamiento. En Venezuela, no es usual para el pobre, tampoco en sus comunidades, una motivación para la acción a partir de la fortaleza espiritual, política, social o económica para luchar por los cambios positivos de su condición existencial. Desconfían de sus propias capacidades para resolver su situación. Es nuestro reto encontrar ese relato, pero sin confundirlo con el lenguaje soez y palurdo del demagogo que le cautiva supuestamente porque habla y se presenta como un pobre. Al populista no le conviene que los pobres salgan de su miseria, tomen conciencia de que pueden valerse por sí mismos y recuperen su dignidad, sin ponerle el precio de la mendicidad que cambia votos por obsequios y limosnas.

En nuestro país se dice a menudo “hay que hablar el mismo idioma del pobre”, y se asume que hacerlo es utilizar una “jerga soez propia de las cárceles”. Esta aproximación puede ser falsa y más bien ser un signo de la incapacidad para comunicarse con el excluido, que un problema del lenguaje en sí. Hay en nuestro medio mucha pereza intelectual, pues se confunden categorías del pensamiento como cultura popular, cultura de masas y cultura lumpen, como si fueran una misma cosa; peor, se asume que comunicarse con un pobre pasa por asumir un comportamiento a medio camino entre “la cultura de masas” y “la cultura lumpen”, y estas no son precisamente las que identifican a un excluido. Eso le ofende y le caricaturiza.

\*Economista.